

VIGESIMA SEPTIMA SEMANA TIEMPO ORDINARIO

(Año Par. Ciclo C.)

DOMINGO

Lecturas bíblicas

a.- Hab. 1, 2-3; 2,2-4: El justo vivirá por su fe.

La primera lectura, es un grito desesperado de quien experimenta el mal humano por todos lados, cuando no se acepta la fe como principio para ver la realidad desde otra perspectiva, comenzando por dar sentido a ese dolor. El profeta ha escuchado a Yahvé, que usará a los caldeos como azote de su justicia (cfr. Hab. 1, 5-11), pero él critica las acciones que pretende realizar: si es un Dios santo ¿cómo puede castigar a su pueblo, por medio de naciones paganas? ¿Hasta dónde llega la malicia humana? Este invasor y agresor se asemeja a un pecador que coge los pueblos como si fueran peces, los engaña por medio de espléndidas liturgias de sacrificios y quema de incienso, sometiéndole a tributos y exigencias. Y Yahvé contempla en silencio el espectáculo, mientras matan y vacían su red, a su pueblo, el profeta reta a Dios que pronuncie su respuesta, cual vigía y centinela, permanecerá en pie hasta que Yahvé responda. Germina la auténtica oración, en esas circunstancias tan difíciles, de quien está a la escucha del Dios vivo, de su palabra eficaz. Y Yahvé respondió y mandó escribir su palabra. La justicia llegará en su momento, es decir, paciencia, Dios no tiene prisa, porque mientras el injusto hace de las suyas, se hincha, pero lo suyo es viento y vacío. En cambio, el justo vivirá por la fe, vivirá por su plena confianza en Yahvé y la observancia fiel de sus mandamientos. Este pasaje le servirá a S. Pablo para explicar la justificación a partir de la fe en Cristo Jesús (cfr. Rm. 1, 16-17).

b.- 2Tim 1,6-8.13-14: No tengáis miedo de dar la cara por Jesús.

San Pablo exhorta a Timoteo a revivir el carisma que ha recibido por la imposición de manos, don de fortaleza, de caridad y templanza (v.7), en un ambiente de persecución que existe en la comunidad que preside. Él debe ser un dirigente responsable, no tímido, sino un cristiano firme en su fe. No debe avergonzarse del testimonio que debe dar de Cristo Jesús y tampoco de Pablo, que está en la cárcel, su predicación no le traerá aplausos, al contrario, las autoridades romanas lo ven como un acto de subversión contra el poder establecido. Le recomienda que guarde el depósito de la fe, que se le ha encomendado, es decir, la fe en Cristo resucitado y que el Espíritu Santo revive en su vida y ministerio.

c.- Lc. 17, 3-10: Si tuvierais fe, como un grano de mostaza.

El evangelio nos presenta tres temas: vivir el perdón con el hermano (vv.3-4), el poder de la fe (vv.5-6), y servir con humildad (vv.7-10). La idea del texto en cuestión es presentar el pecado personal, es decir, la relación entre ofensor y ofendido y el perdonar la ofensa recibida. Puede ser escandaloso que una persona ofendida no reclame ante su ofensor (cfr. Lc.4,35; 17,1-3). Si pensamos en la comunidad eclesial, formada por los fuertes y justos, también están los pequeños, los débiles. Es necesario mostrar la falta al hermano, porque su pecado afecta a toda la comunidad y porque la misericordia debe estar muy presente en la vida del discípulo. No preocuparse, hace culpable al responsable (cfr. Lev.19, 17). Habrá santidad en la comunidad cuando un hermano perdona de corazón a otro hermano, a pesar de las recaídas, siempre que haga falta, sin límite alguno (v.4; cfr. Lc.11,4). Advertencia y perdón dos componentes a tener en cuenta en la comunidad. El pecador, el que ha ofendido, una vez arrepentido, se abre al perdón (cfr. Lc.1,77; 3,3; 4,18). “Auméntanos la fe” (v.5). La respuesta de Jesús, en este segundo momento es la confianza que debemos tener a la hora de creer. Se abre Jesús al diálogo con sus discípulos, están débiles como para perdonar como lo enseña Jesús, luego de la misión no fueron capaces de exorcizar. Están cansados para seguir el camino y desde esa impotencia piden mayor fe (cfr. Lc.7,50; 8,25.48.50; 9, 40-41). La respuesta se centra en la fe y no en los mismos apóstoles, mejor dicho, en la calidad de su fe: “Si tuvierais fe como un granito de mostaza...” (v.6). La semilla es signo de pequeñez, pero capaz de un gran árbol (cfr. Mt.13,18-19). La fe es fuerte, porque nace en Dios y vuelve a ÉL, como respuesta de comunión por medio de Jesús; quien posee la fe ha traspasado toda su existencia al espacio de Dios, la tienda donde sólo mora Dios, para estar al servicio de los hombres. Su sustento le viene de Dios, pues es el amor, es el que abre caminos de esperanza y hunde sus raíces en la cruz de Cristo, de donde germina la vida de resucitados. Los apóstoles, esperan de Jesús la fuerza para cumplir lo que les pide: Él es poderoso en obras y palabras, por lo tanto, hay que entregarle las riendas de la propia existencia. Finalmente, el servicio al prójimo será parte de la fe. Las tres preguntas apuntan a fijarse en el servicio de una casa, el aspecto social, al mundo religioso, de ahí las figuras de amo y esclavo, discípulo y Dios. Jesús responde la primera pregunta señalando que más bien el siervo servirá a su amo y luego comerá él. Lo propuesto por Jesús no era costumbre en su tiempo (cfr. Lc. 11,5.11;12, 25.35-40; 14,28.31; 15,4.8; Jn.13,4). La respuesta a la segunda pregunta es que el amo no agradece a su siervo porque hizo lo le había mandado. El dar gracias, el amor al siervo, no era costumbre en esa sociedad, en cambio, Dios agradece los servicios prestados (cfr. Lc.3,13; 12, 35-37; 1Cor.4,5; 7,17; Gál.3,19). La aplicación al servicio de Dios apunta a que se hace por amor y en libertad (1Cor.3,9). La humildad y fidelidad son otras virtudes a

tener en cuenta luego de haber realizado el servicio a la comunidad, reconocer ser siervos inútiles, mejor, no dignos, que han cumplido su deber. Los auténticos inútiles son los que se creen indispensables. Pero cuidado de entender esto como los fariseos, que esperaban salvación fruto de su férrea observancia. Lejos de nosotros una visión mercantilista de la fe, la del mérito y el premio ((cfr. Lc.5,11; Mt.19,27; 20,1-16). El cristiano sirve por amor, confiado en la gracia divina, sin esperar recompensa. Se hace la voluntad de Dios, no por lo que nos pueda dar, sino por amor a ÉL.

S. Teresa de Jesús nos anima a vivir una fe dinámica y eclesial. “¡Oh Jesús mío!, ¡qué es ver un alma que ha llegado aquí, caída en un pecado, cuando Vos por vuestra misericordia la tornáis a dar la mano y la levantáis! ¡Cómo conoce la multitud de vuestras grandezas y misericordias y su miseria!... el acudir a los Sacramentos; la fe viva que aquí le queda de ver la virtud que Dios en ello puso; el alabaros porque dejasteis tal medicina y unguento para nuestras llagas, que no las sobresanan, sino que del todo las quitan. Se espanta de esto. ¿Y quién, Señor de mi alma, no se ha de espantar de misericordia tan grande y merced tan crecida, a traición tan fea y abominable?; que no sé cómo no se me parte el corazón cuando esto escribo, porque soy ruin” (Libro de la Vida 19,5).

LUNES

Lecturas bíblicas

a.- Gál. 1,6-12: No he recibido ni aprendido de ningún hombre el Evangelio, sino por revelación de Jesucristo.

b.- Lc. 10,25-37: ¿Quién es mi prójimo? Parábola del buen samaritano.

El evangelio nos presenta el gran mandamiento del amor a Dios y al prójimo (vv.25-28), y la parábola del buen samaritano (vv. 29-37). La pregunta del doctor de la Ley, parece lógica, después de escuchar a Jesús que ha hablado de los nombres inscritos en el cielo; están viviendo los tiempos del Mesías, es decir, de la salvación. Era obvio, preguntar por la vida eterna y cómo llegar a ella (cfr. Mc. 10,17), interrogante, que la gente dirigía a los maestros de la Ley. La pregunta era por las obras que debían realizar para alcanzar la vida eterna, ¿acaso las obras de la Ley no conducen a la salvación? Mientras el doctor de la Ley habla de lo que encuentra escrito, Jesús apunta a la voluntad de Dios, que expresa la Ley. El doctor sintetiza todo, como Jesús, en el amor a Dios y al prójimo (cfr. Dt. 6,5; Lv. 19,18; Mc. 12,28). Jesús le da la razón al doctor de la Ley, y le manda: “Haz esto y vivirás” (v.28). A la pregunta sobre el prójimo, que hace el jurista el precepto,

mandaba amar al extranjero (cfr. Lev. 19, 34), pero en tiempos de Jesús, se restringía a los prosélitos, gentiles que abrazaban la fe judía. Los fariseos, en cambio, excluían al pueblo ignorante, a los contrarios a su partido. Jesús responde con una parábola, la del buen samaritano, donde queda claro el obrar divino y el humano. Sólo el que practicó misericordia, fue prójimo con el que cayó en manos de los saltadores. Tanto el sacerdote, como el levita, al verlo tirado, pensaron que estaba muerto, no quisieron tocarlo, ni acercarse, para no contraer la impureza legal (cfr. Lev. 21,1). En todo caso, los movió el propio interés, y no el amor compasivo. Los ministros del templo servían a Dios, pero no al prójimo; el samaritano los superó a todos, cumplió con todo (cfr. Os. 6,6). El que ama a Dios, obra en beneficio de su prójimo.

Santa Teresa de Jesús, enseña que en comunidad, el amor a los miembros de la comunidad es fundamental para vivir cultivando todas las otras virtudes cristianas, particularmente la caridad, nacida del amor de Dios, para servir el prójimo. “Las enfermas sean curadas con todo amor... Antes falte lo necesario a las sanas, que algunas piedades a las enfermas” (Constituciones 23).

MARTES

Lecturas bíblicas

a.- Gál. 1,13-24: Se dignó revelar a su Hijo en mí, para que yo lo anunciara a los gentiles.

b.- Lc. 10, 38-42: Jesús en casa de Marta y María.

En el evangelio encontramos a Jesús hospedado en casa de Marta (vv.38-39), y la queja de Marta y la buena elección de María (vv.41-42). Marta y María, son dos hermanas, mientras la primera, se encarga de preparar una comida para el huésped, su hermana María escucha a Jesús sentada a sus pies con una actitud propia de discípulo (cfr. Jn.11,1-44). Ante la protesta de Marta, la sentencia del Maestro es una llamada de atención (vv.41-42). Jesús la reprende suavemente, lo único necesario es escuchar la palabra de Dios. María ha sabido escoger bien, por ello, es alabada por Jesús (cfr. Lc. 12,31; Lc.8,1; Jn.4,31-34). Marta, representa a los que trabajan con afán, sin tiempo para escuchar la palabra de Dios, en cambio, María sin dejar de trabajar, se da tiempo para escuchar a Jesús, evangelio vivo. Si estas hermanas lo recibieron en su casa, era para que su palabra fuera escuchada (cfr. Hch. 16,14). María de Betania, creyente auténtica está atenta a la palabra que Dios le dirige en ese momento, pero para que la escucha sea eficaz, debe ponerse en práctica en el servicio y amor al prójimo que Dios pone en su camino. Escuchar

la palabra de Dios, es siempre la mejor parte (cfr. Mt. 25,40; Sal.15,5s; Lc.11,28). Los apóstoles optarán por la predicación, por sobre el servicio a las viudas (cfr. Hch.6,1s). Ambas actitudes son necesarias para la extensión del Reino de Dios, tanto la escucha y el servicio, porque lo importante será estar y servir a Jesucristo en su Iglesia.

S. Teresa de Jesús, como maestra de oración establece un sano equilibrio entre vida activa y contemplativa, puesto que las dos han de andar juntas para servir al divino Huésped del alma, Jesucristo, el Señor. Otra lectura es que debemos servir y orar con la misma intensidad, puesto que ambas actividades servimos a Dios y al prójimo. “Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor... ¿Cómo le diera hospedaje María, sentada siempre a sus pies, si su hermana no la ayudara?” (7Moradas 4, 12).

MIERCOLES

Lecturas bíblicas

a.- Gal. 2,1-2.7-14: Reconocieron el don que he recibido.

b.- Lc. 11,1-4: El Padre nuestro.

En este evangelio, Jesús enseña a orar a sus discípulos. Vemos que Jesús ora en soledad, en el monte a Dios Padre (cfr. Lc. 6, 12; 9, 28-29; 9,18; Mc. 1, 35; Lc. 5, 16; Mt. 14, 23; Mc. 16,46). Juan Bautista, había enseñado a orar a sus discípulos, también los discípulos piden una oración particular, una oración que nazca de la predicación del Reino de Dios y de los hechos salvíficos, de los cuales ellos son testigos. “*Padre nuestro...*” (v. 2), de este modo habló Jesús a Dios en la oración (Mc. 14, 36), lo mismo podían hacer sus discípulos, llamarlo Padre. El Dios del AT, ahora tiene nombre: Padre (cfr. Gál. 4, 6; Rm. 8, 5). Los discípulos son introducidos en la oración personal de Jesús, invocando a Dios como Padre, hijos que se dirigen a su progenitor. La salvación trae esta novedad, una especial relación de Jesús con Dios, en la que participan, desde ahora también sus discípulos (cfr. Jr. 3, 19; Mt. 5, 9). “*Santificado sea tu nombre...*” (v.2). Es un ruego hecho a Dios; la acción recae en Dios, y no en el orante. Su Nombre se santifica cada vez que manifiesta su poder, cuando se presenta como el completamente Otro, y santifica a los que creen en ÉL (cfr. Ez. 36, 23). “*Venga tu reino...*” (v.2). Esta es la verdadera petición de la oración, centro de la predicación de Jesús. Se trata de hacer presente el señorío de Dios entre los hombres, su proyecto salvífico de un mundo nuevo. Con Jesús, el Reino está ya presente, con su gracia salvadora (cfr. Lc.4,19), es más, los discípulos son considerados

dichosos, porque escuchan y ven lo que los antiguos profetas, no pudieron ni contemplar ni escuchar (cfr. Mt. 10, 33). “*Danos el pan de cada día...*” (v.3). El pan, representa todo lo necesario para la vida de hoy: un don de Dios. El discípulo pide el pan de la Palabra y el Pan de la eucaristía para él y la comunidad (cfr. Prov. 30,8). “*Perdónanos nuestros pecados...*” (v.4). El perdón de los pecados, es otra manifestación del Reino de Dios predicado por Jesús. El perdón de los propios pecados, está supeditado al perdón que ofrecemos a los que nos ofenden; sólo si perdonamos, esperamos confiados el perdón de Dios. La voluntad de perdonarnos, se tendrá a la hora del Juicio (cfr. Lc. 6, 37). “*No nos dejes caer en la tentación...*” (v. 5). Muchos creen en Dios por un tiempo, pero en la tribulación, y persecución por la palabra de Dios, se vuelven descreídos (cfr. Lc. 8, 13). La tentación es amenaza para la fe, peligro de apostasía; esta petición nace de la propia debilidad, de tomar conciencia, y de la prepotencia de mal en nuestra vida. Esta oración, debe abrir nuestro espíritu a vivir la vida cristiana, desde la filiación divina.

Santa Teresa de Jesús, en su Comentario a esta oración del cristiano considerando a gracia de poderle llamar Padre, bastaría para entrar en contemplación perfecta. «Padre nuestro que estás en los cielos» ¡Oh Señor mío, y cómo parecéis Padre de tal Hijo y cómo parece vuestro Hijo hijo de tal Padre! ¡Bendito seáis por siempre jamás! ¿No fuera al fin de la oración esta merced, Señor, tan grande? En comenzando, nos henchís las manos y hacéis tan gran merced que sería harto bien henchirse el entendimiento para ocupar de manera la voluntad que no pudiese hablar palabra. ¡Oh, qué bien venía aquí, hijas, contemplación perfecta! ¡Oh, con cuánta razón se entraría el alma en sí para poder mejor subir sobre sí misma a que le diese este santo Hijo a entender qué cosa es el lugar adonde dice que está su Padre, que es en los cielos! Salgamos de la tierra, hijas mías, que tal merced como ésta no es razón se tenga en tan poco, que después que entendamos cuán grande es nos quedemos en la tierra. (Camino de perfección 27,1).

JUEVES

Lecturas bíblicas

a.- Gál. 3,1-5: ¿Recibisteis el Espíritu Santo por observar la ley o por haber respondido a la fe?

b.- Lc. 11, 5-13: El amigo inoportuno.

El evangelio de hoy tiene dos secciones: el amigo inoportuno (vv. 5-8), y la eficacia de la oración (vv. 9-13). El símil que pone Jesús, para exhortar a la perseverancia en la oración, supone comprender mucho de la cultura de aquel tiempo: hacer el pan, levantarse de noche, despertar a la familia, ya que la casa, poseía una sola habitación, levantar la tranca, los niños dormían con los padres, etc. Ahora Jesús insiste, si no lo hace, porque es su amigo, lo hará por la insistencia del otro: por su inoportunidad. Se levantará no por ser su amigo, sino porque sus llamados no despierten a los suyos y sus vecinos. Dios obra como este amigo, en el sentido, que dará lo que se le pide, por la perseverancia en la oración. Se nos ha prometido que la oración continua, siempre será escuchada, aunque la experiencia nos habla, que una cosa es ser oída, y otra atendida, es decir, cumplida. El discípulo apela a la bondad de Dios, la cual, da no sólo lo que pide, sino cuanto necesite (cfr. Mt. 15, 21; 18, 33). El que ora pide, busca y llama. Todo un proceso pedagógico de ejercitar la vida teologal; la oración es ejercicio de fe, que echa andar los dinamismos de la esperanza y mantiene encendida la llama sagrada del amor divino en el espíritu del cristiano. El discípulo, hace oración desde su condición de pobre; caminante, sin hogar, que encuentra en la oración el camino hacia Dios. El símil del padre, que sabe dar a sus hijos cosas buenas, quiere exaltar la bondad de Dios, por sobre la bondad del hombre. Si los hombres, que son malos, logran ser bondadosos con lo que solicitan sus hijos, cuánto más Dios, que también es Padre, dará el Espíritu Santo, a quienes se lo pidan. El padre no se burla de su hijo, dándole lo que no pide su hijo. Lo que Dios Padre, concede es el Espíritu Santo, es decir, su presente es ser discípulos destinados a la gloria eterna. Por medio de ÉL, actúa Jesús; toma a los apóstoles y discípulos y los conduce hacia lo que deben ser, en su pensar y obrar, en definitiva, a la verdad total de Jesucristo. A nosotros que vivimos entre las dos venidas de Jesús, se nos da el Espíritu Santo; don salvífico a la Iglesia y a cada uno de sus miembros. Siempre será el Espíritu quien nos ayude a orar, asociando nuestra oración a la de Cristo Jesús, al Padre por toda la humanidad, la Iglesia y nuestros intereses personales.

Santa Teresa de Jesús, nos habla de la oración. “El bien que tiene quien se ejercita en oración, hay muchos santos y buenos que lo han escrito, digo oración mental. ¡Gloria sea a Dios por ello!; y cuando no fuera esto, aunque soy poco humilde, no tan soberbia que en esto osara hablar. De lo que yo tengo experiencias puedo decir; y es que, por males que haga, quien la ha comenzado no la deje; pues es el medio por donde puede tornarse a remediar, y sin ella será muy más dificultoso. Y quien no la ha comenzado, por amor del Señor le ruego yo no carezca de tanto bien. No hay aquí que temer, sino que desear; porque, cuando no fuere adelante y se esforzare a ser perfecto, que merezca los gustos y

regalos que a éstos da Dios, a poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo” (Libro de la Vida 8, 4-5).

VIERNES

Lecturas bíblicas

a.- Gál. 3,7-14: Son los hombres de fe los que reciben la bendición con Abraham el fiel.

b.- Lc. 11,15-26. Jesús y Beelzebú.

Este pasaje evangélico tiene tres momentos íntimamente relacionados: la expulsión de un demonio (vv.14-22); la intransigencia de Jesús (v.23), y la estrategia de Satanás (vv. 24-26). Nos encontramos con la curación de un poseso que era mudo: el demonio ha salido del hombre y éste ha comenzado a hablar. Este hecho, provoca la admiración de la gente (v.14), para esta gente se abre un camino de fe: Jesús obra con el poder de Dios, es el Mesías. Pero también, surge la crítica de parte de algunos contra Jesús: según ellos obra por el poder de Beelzebú, el príncipe de los demonios (v.15). Pero otros, exigían un signo mayor que ese; Jesús no produce el signo que ellos esperan, como detener el sol, u otro semejante (v.16). Conociendo sus pensamientos, sus curaciones no son actos de magia, tampoco hay intervención diabólica. No es posible que Satanás luche contra sí mismo, contra su propio reino, eso sería peor que una guerra civil, pura destrucción. El otro argumento de Jesús, lo toma de los exorcistas judíos, que expulsan a los demonios con oraciones, palabras y fórmulas de conjuro, sin ayuda del demonio. Jesús recurre a la experiencia humana y religiosa. Él expulsa los demonios por el poder de Dios, con el dedo de Dios (cfr. Ex. 8,15). El triunfo sobre Satanás, es signo de la llegada del Reino de Dios, es el tiempo de la salvación inaugurado por Jesús; las expulsiones de los demonios, son un claro signo de esa victoria. Las obras del Mesías, se conciben como una batalla contra Satanás. El hombre fuerte, ahora vencido es el demonio que ejercía su poder sobre los hombres, ahora tiene que entregar su botín, es decir, los hombres a quienes dominaba. Está, por tanto, vencido (cfr. Lc. 10,18), victoria que comenzó en el desierto (cfr. Lc. 4,13), y que el Siervo sufriente, recibirá como herencia a su humillación en la Cruz (cfr. Is. 53,11), ya que su muerte y resurrección, será la victoria definitiva sobre Satanás, y el Reino de Dios, alcanzará su plenitud, cuando vuelva en forma definitiva en el día del Juicio final. Tenemos un Pastor, Cristo Jesús, es nuestro Pastor y Señor de nuestras almas (cfr. Ez. 34, 5ss; 1 Pe.2, 25). En un según momento, Jesús exige es fiel a su proyecto de salvación para el hombre, por lo mismo exige fidelidad, optar: con ÉL o contra ÉL. Quien lo

rechaza, pierde, camina hacia su ruina definitiva (v.23). Finalmente, se invita al hombre que persevere en su conversión a Jesucristo, porque puede volver a ser peor, puesto que no es inmune al mal que lo acecha. La apostasía, renegar de Cristo, su destino es peor que la del no creyente (cfr. Hb. 6, 4-7). Toda una invitación a la adhesión a Jesucristo, luz del mundo hasta el final del camino.

Santa Teresa de Jesús, posee una experiencia maravillosa de Jesucristo, por ello detecta con mayor precisión las asechanzas de Satanás. Por eso cuando comenta el Pater Noster, al hablar de líbranos del mal, enseña que el amor y el temor de Dios son dos castillos fuertes contra la asechanzas del enemigo del cristiano. “Pues, buen Maestro nuestro, dadnos algún remedio cómo vivir sin mucho sobresalto en guerra tan peligrosa. El que podemos tener, hijas, y nos dio Su Majestad, es amor y temor; que el amor nos hará apresurar los pasos; el temor nos hará ir mirando adónde ponemos los pies para no caer por camino adonde hay tanto en que tropezar, como caminamos todos los que vivimos; y con esto a buen seguro que no seamos engañados. ¡Cómo quien no dice nada: amor y temor de Dios! Son dos castillos fuertes, desde donde se da guerra al mundo y a los demonios.” (Camino de Perfección 40,2).

SABADO

Lecturas bíblicas

a.- Gal. 3,22-29: Todos sois hijos de Dios por la fe.

b.- Lc. 11, 27-28: La verdadera dicha.

El evangelio nos presenta la alabanza de una mujer del pueblo a la Madre de Jesús (v.27), la bienaventuranza de Jesús (v.28). En el trasfondo: la bendición divina viene por cumplir la palabra de Dios. Jesús está rodeado de gente, acaba de discutir con gente se opone a su predicación acerca del Reino de Dios. De pronto se escucha la voz de una mujer para alabarle precisamente por sus palabras llenas de luz y sabiduría. Era una mujer del pueblo que se deja llevar por la fe y la admiración. La alabanza al Maestro no va directamente a ÉL, sino a través de su madre. Con hijo tal, la madre merece una alabanza, porque ha quedado deslumbrada por la persona de Jesús, que vence a Satanás y trae la salvación. La gloria del Hijo, alcanza a la madre que lo engendró, por ello alaba el seno y los pechos de esa mujer (cfr. Gn. 49,25; Lc.23,28-29). Constatamos que esta mujer es valiente y rompe las costumbres del tiempo porque no era bien visto que las mujeres hablaran en público. Si bien Jesús acepta esta felicitación y lo pareciera una llamada de atención es en realidad una bienaventuranza:

“¡Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan!” (v.28). Sin alabar a su madre concretamente, cree que esas palabras son insuficientes. Si la maternidad es algo sublime, Jesús proclama que las mujeres pueden hacer algo más que es escuchar y cumplir la palabra de Dios. Como la proclama es a todos los que escuchan la palabra de Jesús, hombres y mujeres de ayer y de hoy (cfr. Jn.20,29). A la madre de Jesús hay que incluirla entre las bienaventuradas mujeres, no sólo por su maternidad, sino porque proclamó su prima Isabel: “¡Feliz la que ha creído!” (Lc.1,48). María escuchó, creyó y guardó la Palabra de Dios, por esto hay que felicitarla. Una nueva bienaventuranza de Jesús, para los que escuchan la Palabra y la cumplen (Mt. 5,1-12). Su Evangelio, tiene como destinatario todo aquel que lo escuche a ÉL, palabra definitiva del Padre, pero aquí encontramos una alabanza implícita para María, su Madre, que se convierte también en la primera Discípula de su Hijo. Si seguimos la lógica del Hijo, ella se convierte en la Madre de familia de Jesús (cfr. Lc. 8, 21), es decir, de todos los que creen en la Palabra de su Hijo, y la cumplen. Así la Madre, se convierte en la primera cristiana, perfecta discípula del Hijo, por lo mismo, se convierte en tipo y modelo de la Iglesia, en el orden de la vida teologal, y de unión con Cristo Jesús (cfr. MC 35; LG 58. 63). Su figura y testimonio, nos enseña que creer, supone un cambio radical, en nuestra existencia personal, porque transforma nuestra relación con Dios y con el prójimo, la vida cotidiana se ve, con una mirada llena de luz y esperanza venida de lo alto.

Santa Teresa de Jesús, como María Santísima, canta las misericordias de Dios en su vida cristiana y carmelitana. “Mas bien sabe Su Majestad que sólo puedo presumir de su misericordia, y ya que no puedo dejar de ser la que he sido no tengo otro remedio sino llegarme a ella y confiar en los méritos de su Hijo y de la Virgen, madre suya, cuyo hábito indignamente traigo y traéis vosotras. Alabadle, hijas mías, que lo sois de esta Señora verdaderamente, pues tenéis tan buena madre, imitadla y considerad qué tal debe ser la grandeza de esta Señora y el bien de tenerla por patrona, pues no han bastado mis pecados y ser la que soy para deslustrar en nada esta sagrada orden.” (3 Moradas 1,3).

P. Julio González C.

Pastoral de Espiritualidad Carmelitana.